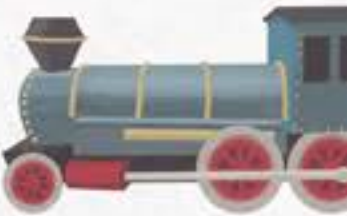
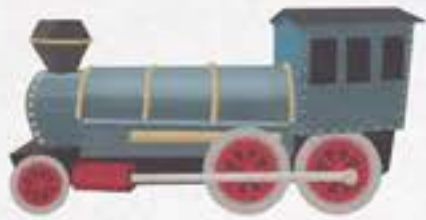


Ositran, contigo por las rutas del Perú



PRIMER CONCURSO DE CUENTOS



**Primer Concurso de Cuentos
“OSITRAN, contigo por las rutas del Perú”**

Esta publicación es una compilación de los ganadores del I Concurso de Cuentos realizado por OSITRAN para generar en los jóvenes escolares el conocimiento de la importancia de la infraestructura de Transporte de Uso Público.

Verónica Zambrano Copello

Presidenta del Consejo Directivo del Organismo Supervisor de la Inversión en Infraestructura de Transporte de Uso Público

Jurado Calificador

Marco Martos Carrera,
presidente de la Academia Peruana de la Lengua

Gabriela Ibañez Oviedo,
directora de Polifonía Editora y miembro del Consejo Directivo de la Cámara Peruana del Libro

Ricardo González Vigil,
crítico literario y miembro de la Academia Peruana de la Lengua

Ganadores:

Primer Puesto: “El deseo agradecido” Eduardo Rodrigo Wong León,
Colegio Jorge Basadre Grohmann, Callao

Segundo Puesto: “La carretera de la muerte” Estefano Catunta Salvador,
I.E. 50500 San Martín de Porres, Huasao - Cusco

Tercer Puesto: “El amante de trenes” Tania Aracelli Barreda Gálvez,
Colegio San Roque, Santiago de Surco - Lima

Corrección de estilo:

Eva Miraval Berrospi

Ilustración y diagramación:

Giomar Antonio Arango Mucha

Primera edición, julio 2018

HECHO EL DEPÓSITO LEGAL EN LA BIBLIOTECA NACIONAL
DEL PERÚ N° 201809759

Impreso por:

Kinko´s Impresiones S.A.C. - RUC: 20502903951

Av. Venezuela 2344, Lima - Lima, Perú Teléfono: (511) 336 6699

Tiraje: 4,000 ejemplares

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra bajo pena de sanciones legales.

PRÓLOGO

Leer estos mágicos cuentos, me lleva a compartir la imaginación de los jóvenes cuando usan una infraestructura de transporte público. Van más allá del uso material que les damos y del servicio que nos pueden brindar. Se acercan a la calidez de las historias que creamos mientras vamos de un lugar a otro, en compañía o solos.

Estas narraciones reflejan la libertad de los jóvenes para soñar con la vida, recordar, rescatar y crear historias que todos podemos armar cuando somos usuarios y observadores de una carretera, un tren, un puerto o un aeropuerto.

Los tres cuentos ganadores que aquí presentamos son solo una parte de todos los que recibimos en el I Concurso de Cuentos al que OSITRAN convocó con ocasión de su 20.º aniversario para buscar que los escolares conozcan la importancia de la infraestructura de transporte de uso público y el impacto que estas tienen en el desarrollo social y económico del país.

Nuestro agradecimiento especial a los alumnos participantes, a sus profesores y al Jurado Calificador por formar parte de esta primera aventura literaria de nuestra institución, que apuesta porque las personas conozcan el rol del OSITRAN.

Verónica Zambrano Copello

Presidenta del Consejo Directivo de OSITRAN

*Ositran, contigo
por las rutas
del Perú*

EL DESEO AGRADECIDA

~ Eduardo Rodrigo Wong León ~

1er. Puesto.

Lo escucho.

Un sonido proveniente de una acción. Un enorme mecanismo funcional destinado a un solo propósito.

La alarma resuena en mi entorno, con motivo de precaución hacia aquellos que descuidados están. Gran cantidad de personas se agrupan y se ordenan, otras —ya dentro—, solo reposan en mi interior, sentadas o de pie, aguardando a que mi orden sea cumplida.

Eventualmente, se escucha el traqueteo que, gracias a la tecnología moderna, silencioso es.

Ahora, me encamino a cumplir mi objetivo...

Les hablaré de mí.

Hace un instante, me encontraba en una estación común perteneciente al metro de donde pertenezco —Lima, Perú—. Y, en estos momentos, me hallo cruzando la enorme ciudad de Lima.

No, no soy un pasajero, ni tampoco un conductor.

No soy un supervisor, ni un soporte.

... No, tampoco soy humano. Solo soy un humilde trabajador que cumple con sus deberes diarios...

Mi nombre es A-17, y soy un tren...

Trabajo en el servicio de La Línea 1, la primera ruta del Metro de Lima que presta servicios de transporte en el sector este de mi ciudad natal —Lima—. Mi obligación es la de servir a aquellas personas que me necesiten y ayudarles a alcanzar su destino, es decir, yo les facilito su desplazamiento.

Trabajo siete días a la semana, día y noche, durante todo el año. Apenas tengo descanso durante horas de la madrugada, que es cuando me encuentro inactivo y aislado en la estación. Desconozco la razón, pero he





llegado a suponer que los humanos no presentan mucha actividad a esas horas del día.

Creo que ellos le llaman “dormir”...

Durante mis largos viajes, he oído a las personas hablar de ello. Dicen muchas cosas y lo relacionan con sueños y fantasías dentro de estos.

La verdad, no lo comprendo. Sin embargo, siempre doy provecho a esas horas para mantenerme fresco y preparado para las venideras horas de arduo trabajo.

Se preguntarán si me gusta lo que hago...

Pues... nunca me aburro de mi trabajo, siempre hay personas emocionantes e historias que escuchar; además, disfruto ayudar a las personas con lo que hago, satisface mi alma.

Hablando de ello, de vez en cuando, veo personas ayudando a otros. Algunos ceden mis asientos a



ancianos y discapacitados, y otros socorren a desconocidos cuando se los piden con amabilidad.

Un día, una señorita se lastimó gravemente, no entendí lo que sucedió, pero parecía sufrir. Entonces, llegaron dos personas a rescatarla e inmediatamente se la llevaron.

¿Si está bien? Pienso que sí, porque unas semanas después la volví a ver, su rostro reflejaba bienestar y buena salud. Me alegré mucho por ella.

Pero no siempre veo personas buenas...

Frecuentemente, veo a hombres faltando el respeto a mujeres que quizá ni siquiera conocen, tocándolas e invadiendo su espacio personal. Veo individuos arrebatando objetos a otros sin pedir permiso alguno. Y, sobre todo, *veo a personas lastimando a personas...*

¿Por qué lo hacen? Si todos son semejantes y compañeros de la vida, ¿por qué se hacen tanto daño?

Nunca lo entenderé... Los humanos son seres extraños e impredecibles.

No obstante, nada de eso me detiene. Así que responderé a la pregunta:

... ¡Sí! Me gusta mi trabajo. Lo disfruto mucho.

Pero...

He hecho lo mismo durante tanto tiempo, ¿acaso existe algo además de eso?

Trabajo y sirvo desde que tengo memoria; ayudo a las personas desde que empecé a recordar.

Un día solo aparecí y, sin desearlo, comencé a desplazarme. Siempre siguiendo el mismo camino, las mismas rutas, el mismo destino...

Al principio, me asusté. No entendía nada. Las personas me abordaban sin preguntar y yo cedía ante ellos. Y aunque rogaba que se detuvieran, nunca me escucharon.

Durante un tiempo, pensé que era porque no me entendían, pero ellos me llamaron Tren A-17. Eventualmente, me encontré con algo similar a mí: otro tren... Su nombre era Tren B-5.



Si ustedes supieran lo contento que estuve, en ese momento, al conocer a alguien igual a mí... Por alguna razón, me sentía aliviado; aliviado de ya no estar solo. Así que, sin pensarlo dos veces, procedí a saludarle.

—Ho-Hola... —saludé con timidez, pero me armé de valor y volví a saludarle—. ¡Hola! Mi nombre es A-17, ¿serías mi amigo? —pregunté yo con mucha alegría.

... *Pero no me escuchó.*

O al menos eso creí yo. Por eso, empecé a desesperar.

—¿Estás bien? Oye, ¿me escuchas? ¿Me escuchas? ¿Por qué no me escuchas? ¡Escúchame!— le grité y le continué gritando, él no respondió.

Pasé horas enteras intentando conseguir su respuesta, gritándole, preguntándole, haciendo lo posible para que me hiciera caso, pero nunca llegó una respuesta...

Finalmente, frustrado al límite, me rendí.

Fue entonces cuando lo comprendí. Supe que estaba solo, que nadie nunca me entendería y mi único propósito en esta vida era servir a los demás...

Realmente, no llevo la cuenta exacta, pero han pasado más de seiscientos días desde aquel entonces. Y desde aquel entonces me conformo con la vida que llevo.

... Pero, ¿realmente es lo único?

Llevo tanto tiempo... Quiero decir, disfruto viajar de un lado a otro, pero yo quiero más.

Durante mi convivencia con los humanos, he oído de ellos, hablar sobre cielos estrellados y majestuosas criaturas aladas que lo habitan; enormes paisajes repletos de árboles y especies verdosas; llanuras de arena

donde el sol nunca se permite el descanso; continentes enteros de hielo con fenómenos coloridos y frío por doquier; e inmensos mares azules sin un comienzo ni un fin...

Tal vez no tenga la capacidad de dormir como los humanos, pero puedo soñar igual que ellos. Y ese es mi sueño, sueño con viajar alrededor de todo el mundo conocido, sin vías frente a mí que me impidan decidir mi propio camino... *Algún día seré libre.*

II

Es hora. El sol despierta y su luz cubre el cielo matinal...

La alarma de aviso vuelve a sonar por toda la estación. Y es turno de cumplir con mi deber, al igual que siempre.

... *“Es su último día”.*

Aquellas cuatro palabras atacaban mi pensamiento, aplastando mis propias emociones. Estaba confundido, no lograba pensar ni sacarme aquello de la mente.

Dichas palabras inconfundibles las había escuchado del supervisor, hace unas horas.

No entendí y no entiendo aún qué quiso decir... Pero, sin duda, hablaba de mí.

Recorrí la ruta, que me habían determinado mucho antes de nacer, pensando en el verdadero significado de aquello. Mis engranajes dudaban y mi núcleo me cuestionaba.

¿Sería este mi último viaje?

Viajé de estación a estación observando a las personas ir y venir. Como de costumbre, todos me ignoran y nadie se preocupa por mí... Pero yo, en cambio, sí. Yo me preocupo por ellos.



Siempre me detengo cuando me lo piden, siempre espero a que ellos aguarden seguros dentro de mí o fuera, pero nunca entre ambos. Mantengo mis puertas abiertas y les cedo el paso sin refutar.

Sirvo a diario, día tras día, haciendo lo mismo y sin descanso. ¿Qué recibo a cambio? Nada... Solo su desinterés, su desvergüenza y su indiferencia...

Ahora me empiezo a cuestionar si de verdad hago lo correcto prestándoles mi ayuda, cuando nunca en mi vida he recibido un solo gracias de ninguno de ellos...

Ya pasaron seis horas, y el día está a punto de acabar. El sol se puso y el cielo nocturno se presentó, pues la luna despertó. Intento brindar provecho al último kilómetro que aún persiste ante mi velocidad. Pero lloro mi existencia inútil. Lloro por todo ese tiempo que he desperdiciado con las personas que me desprecian como el objeto que soy. Lloro porque mi vida acabará en cualquier instante y pronto seré **reemplazado**.

Los mecanismos de mi estructura interna comienzan a fastidiarme, la estación se divisa a mi frente. Es mi última parada, la alarma da aviso y yo no quiero detenerme.

... Pero no soy yo quien toma las decisiones de mi propia vida, quiera o no, me detengo.

Los frenos me obligan, mis ruedas de acero son forzadas a detenerse.

Llegué a mi última estación... Las personas empiezan a salir de dentro de mí y, como era de esperarse, nadie me agradece. Ninguno de ellos me felicita por cumplir sin negación el duro trabajo que realizo diariamente...

Nadie...

Excepto...

Una señora y su hija son las últimas en salir de mí. La mujer me ignoró, nunca me devolvió la mirada. Sin embargo, cuando menos me lo imaginé, cuando las esperanzas que aún guardaba se habían hundido en un mar de pesar y desaparecido en el abismo del vacío...

La pequeña de rizos dorados, que jugaba con un trenecito azul en sus manos, se detuvo ante mí.

— ¡Muchas gracias señor tren! dijo ella con su mirada inocente—, luego giró su cuerpecito y regresó con su madre.

No fue mucho. Realmente no fue mucho, pero, sin embargo, me dolió. Sus muy inocentes, mas expertas palabras ordenaron mis pensamientos. Repararon en mí aquel sentimiento de odio hacia los humanos que nunca pensaron en mí, y retornaron las esperanzas que no hace mucho había perdido. Por eso me dolió, me dolió haber pensado que todas las personas eran iguales, me dolió haber desestimado mis obligaciones y el trabajo que siempre disfruté.

Me dolió haber creído que mis sueños estaban más allá de mi alcance, cuando debí haberme dado cuenta de que mi único sueño siempre fue servir a los demás.

... Porque aquel “gracias” fue suficiente para compensar mi duro trabajo; y, por eso, yo se lo agradezco a ella...

Al día siguiente, no funcioné más...



LA CARRETERA DE LA MUERTE

~ Estefano Catunta Salvador ~

2do. Puesto.

Hace ya mucho tiempo el Sub tramo 6 de Cusco a Urcos, que pertenecía a Cusco y Huasao, entre las localidades de Saylla y Oropesa, provincia de Quispicanchis (Urcos); no estaba todavía asfaltado como hoy y se decía que por allí aparecían fenómenos paranormales.

Todos los pobladores tenían pavor de cruzar o caminar por la carretera a media noche porque en esta vía aparecía la silueta de una mujer y que todo aquel que la viera era asesinado por ella.

Carlos era repartidor de verduras, las transportaba por todas las localidades a pie por la carretera Cusco – Urcos. Pero un día se le ocurrió viajar a media noche, Carlos alistó todo su maletín, sus verduras, en fin, toda su mercadería y partió en su auto. Ya había recorrido varios kilómetros y cuando estaba a punto de llegar a Huasao algo le llamó la atención, en ese preciso instante el auto dejó de funcionar y el motor se apagó, no se acordaba si le había puesto combustible o no.

Carlos decidió bajar a revisar la falla mecánica de su automóvil, de pronto se le apareció un perro desnutrido y a su costado una hermosa mujer vestida de blanco con el cabello corto que le cubría todo el rostro. Se asustó y volvió a subir a su vehículo, trató de encenderlo pero no encendía, después de un momento lo logró y siguió su ruta, cuando faltaban pocos kilómetros para llegar a la entrada de Huasao recordó todo lo que los pobladores contaban acerca de lo que ocurría al transitar por ahí.

Carlos atemorizado, decidió encender la radio para que el miedo que le había invadido vaya desapareciendo poco a poco escuchando música, pero en ese instante la radio empezó a emitir sonidos de una mujer en llanto, apagó la radio de inmediato y sintió un golpe fuerte en el auto, pensó que había atropellado a algún animal que se le atravesó velozmente por la carretera, miró por la ventana y vio a la misma mujer que había encontrado anteriormente. En ese instante, se sintió aterrorizado, se bajó del auto y comenzó a correr y pedir ayuda, entonces dio una mirada para atrás y vio como esa mujer lo seguía y corría de una forma espeluznante.

Carlos se estaba quedando sin fuerzas y no podía correr más, hasta que se tropezó con una piedra y cayó al suelo. En ese momento, mientras trataba de levantarse, vio que frente a él estaba la mujer. Todo sucedió tan rápido, aquella mujer se lanzó encima de Carlos y le arrancó la cabeza.



Al día siguiente, un grupo de amigos pasaban por allí y por casualidad vieron el auto de Carlos en medio de la carretera con la puerta abierta y sin el chofer, uno de los amigos decidió bajar de su auto para cerciorarse de lo que pasaba, vio las verduras y observó que no había nadie. Entonces, entonces dio toda un vuelta para revisar alrededor y encontró sangre en la parte delantera del auto, así como huellas de pisadas con sangre, entonces decidieron seguir el rastro hasta que encontraron un cadáver que no tenía la cabeza.

Atemorizados por aquel hecho fueron rápidamente al pueblo de Huasao, que es el que estaba más cerca, para comunicar lo que había sucedido cerca de su pueblo.

Al contar lo sucedido a los pobladores, estos se dirigieron directamente al lugar de los hechos y cuando estaban a punto de llegar, vieron aquel cadáver que estaba en medio de la carretera del sub tramo 6 Cusco – Urcos, y todos los pobladores atemorizados por aquel macabro suceso decidieron avisar a la comisaría más cercana y esta era la de Saylla, pero allí les dijeron que no podían atender el caso porque Huasao pertenecía a Oropesa y Oropesa a su vez pertenece a Urcos, entonces los pobladores decidieron ir hacia Oropesa que estaba más lejos.

Mientras eso ocurría algunos pobladores rezaban alrededor del cadáver que había sido cubierto con una manta, prendieron algunas velas y empezaron a suponer varias hipótesis de lo que pudo ocurrirle a Carlos. Los pobladores se dieron cuenta que era él porque el auto con las verduras siempre llegaba puntual y era uno de los pocos que entraba a los pueblos pequeños a repartir provisiones, algunos de los pobladores revisaron su auto y encontraron una foto de un perro escuálido con una dama vestida de blanco al costado manchada con algo de sangre.

Una señora que vivía al borde de la carretera dijo que esa era la dama de la laguna de Huacarpay que salía a recoger cabezas de hombres que alguna vez mataron, y es que el perro escuálido que se le apareció a Carlos era el mismo que este había atropellado en uno de sus tanto viajes y la dama del lago era una jovencita que murió atropellada, no por Carlos, pero sí por alguien que iba a mucha velocidad y la dejó

tirada en medio la carretera, sobre la tierra con mucho polvo desangrándose y en ese tiempo las distancias eran largas y casi no se enteraban de los accidentes que ocurrían por allí.

Mientras tanto los pobladores, que viajaron a Oropesa a buscar un fiscal y a la policía para que levanten el cadáver, llegaron a su destino pero no encontraron al fiscal y la policía solo tenía una camioneta que había ido a otro pueblo, así que decidieron esperar.

En el pueblo las personas que rezaban alrededor del cuerpo decidieron enterrarlo allí mismo porque ya había transcurrido un día y nadie llegaba, además no sabían de donde era o si tenía parientes, además había sido un hombre honrado, respetuoso y humilde, entonces pensaron que con ese gesto iba a desaparecer toda esa maldición.

Así que cuando llegaron las personas que habían ido a Oropesa, les informaron que lo habían enterrado allí mismo. Y solo pusieron una cruz pequeña para marcar el lugar.

Varios años después en la misma ruta y casi a la misma altura pasó lo mismo con el chofer de un camión que transportaba gaseosas a todos los pueblos de esa ruta, solo que esta vez sí levantaron el cadáver y de igual manera marcaron el lugar con una cruz pequeña y algunas flores.

Durante un tiempo se contaban historias de Carlos, el chofer de las verduras, de la dama de la laguna y del chofer de las gaseosas de cómo aparecieron sin cabezas. Así fueron trascurriendo los años y un día llegaron los del Ministerio de Transportes que iban a asfaltar la carretera Cusco – Urcos y preguntaron por qué habían puesto esas cruces, los pobladores les contaron todo y como ellos eran incrédulos, al empezar las obras tiraron las cruces.

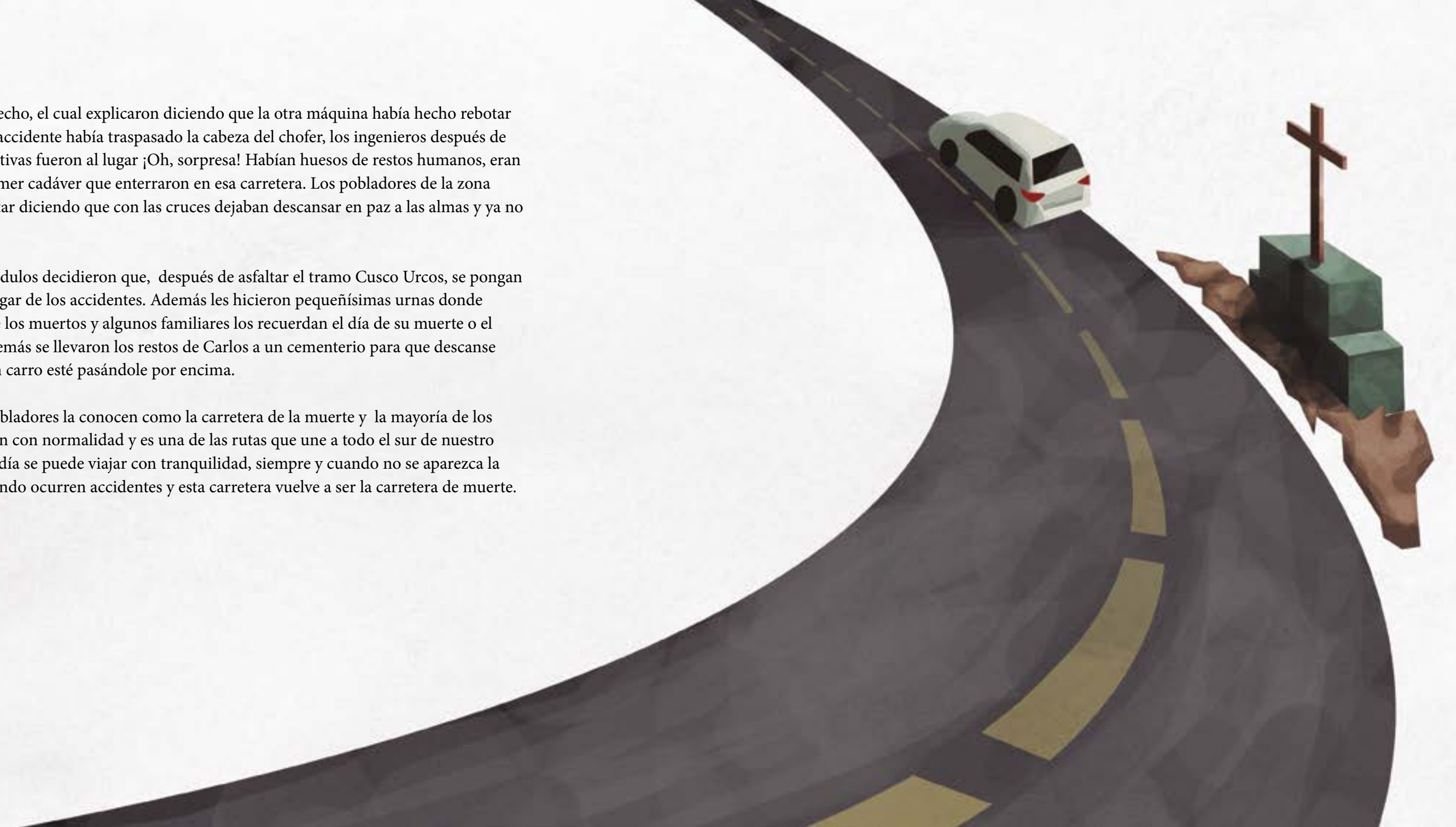
Pero una noche mientras guardaban las maquinarias pesadas se les apareció un perro escuálido y una mujer vestida de blanco con el cabello corto que cubría su rostro, de un momento a otro, una de la cruces atravesó la cabeza del chofer de una de la máquinas y murió instantáneamente.



Al día siguiente, tras este hecho, el cual explicaron diciendo que la otra máquina había hecho rebotar una de la cruces y que por accidente había traspasado la cabeza del chofer, los ingenieros después de dar las condolencias respectivas fueron al lugar ¡Oh, sorpresa! Habían huesos de restos humanos, eran los huesos de Carlos, el primer cadáver que enterraron en esa carretera. Los pobladores de la zona asustados salieron a protestar diciendo que con las cruces dejaban descansar en paz a las almas y ya no había accidentes.

Los ingenieros medio incrédulos decidieron que, después de asfaltar el tramo Cusco Urcos, se pongan de nuevo las cruces en el lugar de los accidentes. Además les hicieron pequeñísimas urnas donde les prenden velitas el día de los muertos y algunos familiares los recuerdan el día de su muerte o el día de sus cumpleaños. Además se llevaron los restos de Carlos a un cementerio para que descansa dignamente sin que ningún carro esté pasándole por encima.

Desde entonces algunos pobladores la conocen como la carretera de la muerte y la mayoría de los transportistas hoy conducen con normalidad y es una de las rutas que une a todo el sur de nuestro Perú. Ya sea de noche o de día se puede viajar con tranquilidad, siempre y cuando no se aparezca la mujer de blanco que es cuando ocurren accidentes y esta carretera vuelve a ser la carretera de muerte.



El amante de trenes

~ Tania Aracelli Barreda Gálvez ~

3er. Puesto.

Me desperté con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, y con la cabeza recostada del ahora cuerpo inmóvil y sin vida de mi abuelo.

Mi mamá se acercó a la puerta del cuarto y me avisó que los de la funeraria estaban por llegar, supe entonces que ya era hora de decir adiós, pero no estaba lista, aunque supongo que nadie está listo para despedirse.

Bajé las escaleras y fui abrumada por una lluvia de recuerdos y memorias plasmadas en cuadros que colgaban de las paredes, que me sumergían en un mundo pintado por la visión del abuelo y cada escalón era una parte de la historia de ese maravilloso mundo.

Todos los cuadros tenían algo en común, trenes, mi abuelo amaba los trenes. Hasta en la foto familiar aparecía uno. Era un tren de juguete que llevaba en mis manos. Me acuerdo que para tomar esa foto fue toda una odisea.



Estábamos mis abuelos paternos y maternos, mi mamá y mi papá, mi hermano, y yo.

Recuerdo claramente que mamá estaba al borde de la histeria, pues mi hermano y yo lo único que hacíamos era jugar y jugar con el bendito tren de juguete, como lo llamaba mi madre. Me tienen harta, gritaba, dejen de moverse dejen de jugar, todavía ni se han alistado para la foto.

Nosotros solo seguíamos jugando y mamá solo se enojaba más.

Cuando llegamos, papá solo dijo compórtense. Su voz grave e intimidante provocaba que mi hermano y yo nos quedemos tiesos como rocas. Y eso causaba que mamá no se altere tanto y una efímera paz para ella.

Mamá tocó el timbre y la abuela nos abrió la puerta.

Mi hermano y yo corrimos a abrazarla a ella y luego fuimos a abrazar al abuelo. Solo faltaba que llegaran los fotógrafos y los padres de papi.

El abuelo empezó a jugar con nosotros y con el tren, la abuela y mamá nos miraban. La abuela le decía a mamá, tu padre es como un niño y mamá le daba la razón y agregaba que sus nietos salieron tan amantes como él a los trenes.

Ese fue un hermoso recuerdo pensé, y seguí bajando hasta encontrarme con la foto de la primera vez que el abuelo nos llevó a mi hermano y a mí a ver un tren. Nos llevó a la estación con los ojos vendados, y cuando nos quitamos las vendas, ambos abrazamos emocionados al abuelo. Pudimos ver uno de esos trenes antiguos que botan humo y provocan el ruido característico del chu-chu chu-chu.

A mi hermano y a mí, el tren nos pareció simplemente increíble, gigante, majestuoso y maravilloso.

El abuelo preguntó, quieren subirse. Nosotros respondimos sin dudarlo y al unísono que sí. Entonces, sacó del bolsillo delantero de su pantalón tres tickets y los tres dimos un paseo en él.



Había una cola enorme para subirse al tren y mi hermano y yo queríamos ir al lado de la ventana. Después de ganarle el juego piedra, papel y tijeras, logré obtener el asiento que quería. Mi abuelo me ayudó a abrir la ventana y pude disfrutar del aire que entraba de la parte superior, pues esta se abría hacia abajo.

El tren pasaba por lugares tan hermosos que parecía que el recorrido fue establecido con la intención de cautivar la vista.

Durante el recorrido de regreso mi hermano fue quien se sentó al lado de la ventana; sin embargo, él estaba tan emocionado e inquieto, que saltaba en su asiento e imitaba el sonido del chu-chu chu-chu. Esto causó que se pierda la vista fenomenal del paisaje, yo lo regañé por ello, pero él solo dijo que no hay mejor vista que la del interior del tren acompañado con la pequeña brisa que brinda la ventana abierta.

Al principio no lograba entender a que se refería mi hermano.

Continué bajando las escaleras hasta llegar a la fotografía en donde mi abuelo me llevó a una estación de tren moderna por mi décimo segundo cumpleaños.

Cuando vi este tren por primera vez, entendí porque mi abuelo decía que los trenes eran como seres bellos y cargados de vida.

El tren resplandecía, lleno de personas de distintos lugares, razas, formas, colores y tamaños. Todas esas personas únicas y diferentes en un mismo lugar, era como ver el retrato mismo del país, de nuestro pueblo multicultural.

Esa fue la primera vez que entendí a mi hermano. Era cierto, el paisaje por fuera era fenomenal, pero lo que veías dentro del tren era como un enigma, todas esas personas diferentes, qué harán, qué buscan, a dónde van.

Recordé que mi abuelo dijo que un amante de tren como él, no socializaba, sino que disfrutaba de ser un observador nato, se fijaba en cada detalle diferente de los lugares que pasaba una y otra vez; de la gente que se subía y se bajaba. Y por supuesto aprendía.

Aprendí a comprender todos esos detalles, como si cada pasajero se convirtiera en una rata de laboratorio y su laboratorio fuera hasta donde puedan llegar el tren y su vista
Continué bajando escalón tras escalón hasta ver la imagen de la abuela en su silla mecedora junto al abuelo cargando un trofeo en forma de tren.



El trofeo era por un premio que ganó mi abuelo por su empresa productora de partes de transportes, él no era una persona ambiciosa, pero fundó y engrandeció a su empresa porque mi abuela le dijo que solo se casaría con un hombre con futuro, rico y guapo.

A mi abuela le gusta contar la historia de cómo enamoró a mi abuelo y lo convirtió en lo que ella llama un “hombre de valor”

Y la silla en la que mi abuela está sentada es la silla mecedora donde mi abuelo se sentaba y se movía al ritmo del viento cargando en su regazo a sus dos nietos, mi hermano y yo. Y donde nos empezaba a contar historias en las que él era el personaje principal o el abuelo de su abuelo, o el padre de mi abuelo. Y esto se debía a que la familia del abuelo era una familia de amantes y estudiosos de trenes.

Ahí nos contaba todo tipo de historias, misterio, romance, terror, y muchas, muchas más. Es sorprendente saber la cantidad de sucesos inimaginables que puede llegar a suceder en un tren. Las historias del abuelo siempre comenzaban con: *“yo recuerdo que en el pasado...”* o *“mi abuelo o mi padre me contó que...”*. Me gustaban sus comienzos y me gustaba más la forma como contaba sus historias con cierta ironía y sarcasmo ante las malas decisiones que podrían llegar a tomar ciertos personajes en momentos cruciales o bajo presión. Había tantas historias fascinantes que de vez en cuando mi hermano y yo dudamos de la veracidad de estas, y mi abuelo solo nos decía niños de poca fe, en este mundo o se es soñador o se es escéptico, y los escépticos no podrán ver más allá de sus ojos. Mi hermano y yo solo asentíamos con la cabeza, aunque no entendíamos nada.

Seguí bajando las escaleras hasta ver la foto tomada junto a una exhibición de trenes en donde fue la última vez que vi a mi abuelo sano, ambos disfrutamos de la exhibición, hasta que se puso mal, luego lo internaron, le dieron de alta y finalmente pasó su última noche en casa al lado de su familia y antes de morir dijo, lleven mis historias con ustedes y vivan haciendo lo que aman.

Bajé el último escalón y las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos pero esta vez eran lágrimas de felicidad, ahora estaba lista para despedirme, sabiendo que al final no sería una despedida, pues la valiosa esencia del abuelo, esa enciclopedia de trenes, de paisajes de personas y recuerdos, siempre estará conmigo.



"Decenio de la Igualdad de Oportunidades para mujeres y hombres"
"Año del Diálogo y la Reconciliación Nacional"

REUNION ORDINARIA COMITE DE EVALUACION

ACTA:

FECHA: Lunes, 18 de junio del 2008
HORA: De 10:00 am a 11:00 am
LUGAR: Sala 2 - Piso 4, OSITRAN

ASISTENTES: Gabriela Ibañez Oviedo
Marco Martos Carrera
Ricardo Gonzales Vigil

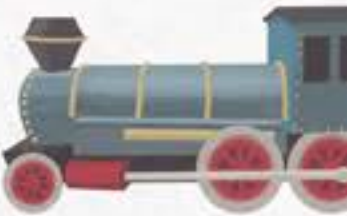
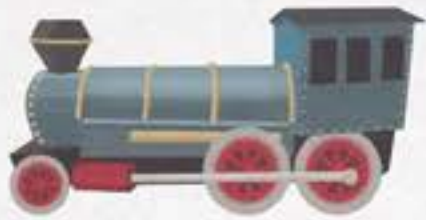
Después de realizada la reunión de consenso del jurado calificador conformado por miembros de la Cámara Peruana del Libro y de la Academia Peruana de la Lengua, se procede a declarar a los ganadores del primer "Concurso de Cuentos Juveniles" organizado por Ositran considerando el siguiente orden de mérito:

1º Puesto: Eduardo Rodrigo Wang León
2º Puesto: Estefanía Cárdena Salazar
3º Puesto: Ismael Arscelli Barrera Galvez
Mención honorosa: Mónica Escudérron Jorjaga Cabañero
Mención honorosa: Jonathan de Jesús López Weiss


Gabriela Ibañez Oviedo
Representante de la Cámara Peruana
Del Libro


Ricardo Gonzales Vigil
Miembro de la Academia Peruana
de la Lengua


Marco Martos Carrera
Presidente de la Academia Peruana
de la Lengua





OSITRAN

EL REGULADOR DE LA INFRAESTRUCTURA
DE TRANSPORTE DE USO PÚBLICO